



Razón y Palabra

ISSN: 1605-4806

octavio.islas@uhemisferios.edu.ec

Universidad de los Hemisferios

Ecuador

Méndez Villanueva, Víctor Manuel

La representación simbólica de las resistencias en tiempos de crisis neoliberal

Razón y Palabra, vol. 20, núm. 94, septiembre-diciembre, 2016, pp. 14-32

Universidad de los Hemisferios

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199547464002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La representación simbólica de las resistencias en tiempos de crisis neoliberal

Symbolic representation in the resistances to global food system

Víctor Manuel Méndez Villanueva

victormm@unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

La imposición de un sistema alimentario moldeado por intereses económicos y políticos, no ha pasado exclusivamente por la adopción de nuevas tecnologías o el gusto por nuevos sabores, en dicha aceptación se encuentran implícitas numerosas luchas en el campo de lo simbólico que transforman las formas de reproducción antropológicas. El sistema económico actual ha tomado como rehén al sistema alimentario mundial desde hace ya unas décadas; hacerse del control de la producción y el tráfico de los alimentos le ha permitido, en gran medida, sortear con éxito las últimas crisis económicas, implantando formas de producción y consumo que deshabilitan a campesinos y consumidores. Las resistencias a estas imposiciones se dan en muchos campos de batalla, pero tal vez sea el simbólico el más importante de todos ellos; las representaciones simbólicas acerca de lo que comemos, cómo lo producimos y cuáles son las formas en que lo consumimos son base esencial en la construcción de alternativas.

Palabras clave: cultura alimentaria, alternativas, agricultura orgánica, antropología, política

Abstract

The imposition of a food system modeled by economic and political interests, has not passed exclusively by the acceptance of new technologies or taste of new flavors, in such adoption are implicit numerous struggles in the symbolic field that transform material and symbolic ways of reproductions. From a few decades ago, the current economic system has taken hostage the global food system; taking control of the production and food trafficking has allowed, successfully to overcome the recent economic crisis, implementing forms of production and consumption that disabled farmers and consumers. Resistances to these impositions are given in many battlefields, but perhaps the symbolic is the most important of all of them; symbolic representations about what we eat, how we produce and what are the ways in which we consume are essential bases in building alternatives.

Keywords: Food culture, Alternatives , organic agriculture, antroponomía , politics

La representación simbólica de las resistencias en tiempos de crisis neoliberal.

Leobardo camina por su milpa sin prisa, mira al horizonte y voltea, su mirada luce orgullosa, no podría ser de otra manera, aquel terreno es una abundante selva provista de elotes, calabazas, frijoles, amaranto, nopales, tunas, tomates. Después de diez años lo ha conseguido, diez años de trabajo arduo y decidido en contra de todos los obstáculos, diez años de carencias, luchas y momentos difíciles que sin embargo hoy le dan la razón. Junto con su hermano Raúl, iniciaron una empresa difícil para dos campesinos: lograr su autonomía y soberanía alimentarias en una pequeña comunidad insertada en el municipio de San Gabriel en el estado de Jalisco.

San Isidro se encuentra en lo que Juan Rulfo denominara “El llano en llamas”, rodeados por las instalaciones de Monsanto, Bioparques y Amway; su situación de precariedad obedece a diferentes factores, sin embargo el más significativo es, sin duda, la batalla legal que sostienen en contra de esta última empresa que ocupa ilegalmente 280 hectáreas de las 536 que les fueron otorgadas durante la Reforma Agraria del presidente Lázaro Cárdenas. Su historial de resistencia de cuatro generaciones los llevó a ganar ya las resoluciones judiciales que deberían restituirles la propiedad de la tierra, sin embargo la inacción de las autoridades ha impedido hacer efectivas las sentencias. En esa lucha Leobardo y Raúl han sido protagonistas desde que recuerdan, ello los ha dotado de una preparación política y conciencia sobre lo que significa su tierra y la reapropiación de sus formas tradicionales de convivencia con la naturaleza.

Apenas separados por una valla de alambre de púas que divide su milpa de las plantaciones de monocultivos de soja y maíz, han decidido desarrollar un tipo de agricultura completamente orgánica, libre de fertilizantes y pesticidas químicos, que rescata las semillas nativas y busca un equilibrio sostenible con la explotación de la tierra. Como ellos, millones en el mundo han empezado una cruzada por mantener las formas tradicionales de agricultura, por la preservación de las semillas criollas, por la búsqueda de un comercio más justo para sus productos, pero sobre todo por la defensa de los métodos de reproducción biológicos y simbólicos. Sin embargo ¿qué implica resistir los embates de un sistema que ha ido tomando el control de todos los aspectos del proceso de alimentarse, a decir, la producción, distribución, preparación y consumo de los alimentos?

La actual crisis alimentaria, social, económica, ecológica.

A raíz de la crisis económica de 2008 quedaron de manifiesto, de manera mucho más explícita, las tremendas contradicciones que el sistema capitalista tiene para subsistir. El agotamiento irremediable de los recursos naturales, de los que depende, vuelve insostenibles los modelos de producción y de consumo que se han establecido en el imaginario como aspiración o normalidad.

El devenir de grandes protestas a lo largo del mundo en contra de gobiernos, empresas, leyes y procesos de expropiación de materias primas, fuerza de trabajo e incluso de las formas de sobrevivencia primaria en aras de un beneficio económico, es el reflejo de que una buena parte de la población a lo largo del planeta no se encuentra identificada con ese modelo hegemónico, más aún cuando este modelo no está resolviendo las necesidades mínimas de quienes le dan sustento. (Méndez Villanueva, 2012).

La crisis ecológica que estamos atravesando, que no pocos han atribuido a la naturaleza y sus cambios climáticos cíclicos, responde también al crecimiento desmesurado en la extracción de recursos del planeta y su deforestación acelerada. Si bien los cambios de temperatura son cíclicos y ello lleva la extinción paulatina de especies y el surgimiento de otras nuevas, nunca en la historia del planeta se había manifestado un cambio tan severo en tan corto tiempo; el siglo XX como ningún otro y su industrialización, fue el detonador de numerosos cataclismos que solo se habían conocido en la historia que se contabilizaba en millones de años, la pérdida de ecosistemas, el aumento de la temperatura, la migración de especies incluyendo al ser humano hacia zonas más prometedoras, son procesos que habían llevado miles o millones de años a la naturaleza implementar para ajustar sus condiciones, ciclos y reproducción de sí misma. Sin embargo, los procesos que permitieron la sobrevivencia de muchos de esos ecosistemas y especies a pesar de verse perturbados o alterados, llevaron periodos extensos de recuperación y adaptación que no son posibles en el entorno que los seres humanos hemos desarrollado en tan corto tiempo.

Asimismo en el plano de lo social, las condiciones laborales en la actualidad han presentado severos retrocesos respecto a las condiciones de bienestar que se habían conquistado a mediados del siglo pasado. El desempleo y la existencia de un sinnúmero de personas buscando colocarse en los pocos puestos disponibles de trabajo, ha abaratado las contrataciones y restringido los derechos, con lo cual las posibilidades de tener acceso a las condiciones mínimas de bienestar se ha restringido de manera alarmante, lo mismo que tener acceso a mejores servicios de salud, y mucho menos a una alimentación adecuada cuando el principal objetivo se convierte en sobrevivir.

La alimentación como fiel de la balanza del sistema neoliberal capitalista.

Dentro de la dinámica capitalista de las últimas décadas, desde la segunda mitad del siglo XX, la época de la posguerra y la crisis económicas de los años 70, uno de los factores que han sido colocados en primer plano es el control agroalimentario. Paralelamente a la instauración de una economía global, el control de las fuentes de energía como el petróleo se volvió determinante para conservar la hegemonía, principal y particularmente por parte de los Estados Unidos; sin embargo otro de los objetivos fue el control de las fuentes de otro tipo de energía, la que permite la reproducción de las actividades humanas: los alimentos.

El control de los mercados pronto cedió el paso al control de las formas de producción y el establecimiento de nuevos paradigmas que modificaron las formas y ciclos tradicionales de producción en aras de volver más eficiente y lucrativo el proceso. Ello no solamente derivó en la industrialización de los alimentos y la incorporaron pesticidas, agroquímicos y hormonas para estimular su desarrollo y obtener el control sobre las formas naturales de crecimiento y diversificación; además se agregaron sustancias de toxicidad significativa como el glutamato monosódico (MSG) e incluso se buscó la forma de controlar la reproducción natural de las semillas a través del desarrollo de los transgénicos (OGM).

El sistema alimentario, no exento de las perturbaciones económicas, ecológicas y sociales generadas por las crisis capitalistas fue adoptado como fiel de la balanza para salir de las crisis económicas desde la década de los 70. (Rubio, 2014) E inmerso en esa dinámica de industrialización, tecnificación y explotación desmesurada de las tierras de cultivo, se ha visto intervenido por diferentes proyectos de modernización impulsados por gobiernos, empresas trasnacionales y programas impulsados por los organismos internacionales. Esta dinámica que comenzó a ser más atroz desde la década de los 60 con la Revolución Verde tuvo sus primeros experimentos en Sonora, México por los años 40 donde se probó por primera vez un modelo de agricultura intensivo, que dependía del uso de químicos y semillas experimentales para mejorar el rendimiento de los campos de cultivo, todo ello auspiciado por la fundación Rockefeller.

Para la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura:

La revolución verde consistió en un conjunto de tecnologías integradas por componentes materiales, como las variedades de alto rendimiento (VAR) mejoradas de dos cereales básicos (arroz y trigo), el riego o el abastecimiento controlado de agua y la mejora del aprovechamiento de la humedad, los fertilizantes y plaguicidas, y las correspondientes técnicas de gestión. La utilización de este conjunto de tecnologías en tierras idóneas y en entornos socioeconómicos propicios tuvo como resultado un gran aumento de los rendimientos y los ingresos para muchos agricultores de Asia y de algunos países en desarrollo de otros continentes. [...]. Los éxitos de las tecnologías, tanto en Asia como en África o América Latina, estuvieron estrechamente vinculados a la existencia de entornos socioeconómicos e institucionales favorables, en los que las posibilidades de un mercado activo desempeñaron una función importante. (FAO, 1996)

Para las grandes corporaciones de la industria alimentaria, fue determinante garantizar no solamente su control sobre el mercado mundial, sino también sobre las tierras e incluso sobre la mano de obra campesina. Con el argumento de que no alcanzaba la producción de alimentos para satisfacer las necesidades de la población mundial se desarrolló a partir de la década de los 60 una serie de políticas de implantación de modelos tecnológicos, que beneficiaron a los grandes productores y causaron estragos devastadores en los sectores pequeño-productores. La revolución verde, que fue impulsada por los organismos internacionales y ampliamente publicitada con recursos gubernamentales como la panacea para “aumentar la producción de

alimentos y la productividad”, devino en el despojo de la tierra, debido a que las deudas contraídas por los campesinos para aplicar los paquetes tecnológicos (semillas genéticamente modificadas, pesticidas químicos y fertilizantes artificiales) se volvieron impagables al eliminarse los precios de garantía. Muchos afectados por la implantación de estos programas, tuvieron que emigrar a las zonas urbanas ante la imposibilidad de continuar desarrollando su actividad por lo incosteable de los insumos, perdiendo de esa manera también, su capacidad de producir alimentos para autoconsumo, despojándolos así de los medios para garantizar su reproducción biológica.

Tiempo después, bajo los mismos esquemas, otros programas esgrimieron discursos ecológicos de supuesta sostenibilidad e implementaron políticas que permitieron expropiar por otros medios territorios a los campesinos, como el programa para la Reducción de Emisiones de Carbono causadas por la Deforestación y la Degradación de los Bosques (REDD) y REDD+. Sobre estos programas y la agricultura climáticamente inteligente, señala La Vía Campesina:

“A primera vista, REDD y la agricultura climáticamente inteligente parecen ser actuaciones loables, sobre todo, porque sus nombres ofrecen una imagen de aparente respeto por el clima. No obstante, bajo ese barniz, estos programas generan el caos en unos ecosistemas que ya son muy inestables y menoscaban los medios de subsistencia de las personas humildes.” [...] “REDD permite que los países industrializados ricos y las corporaciones sigan contaminando mediante la compra de bosques en los países del Sur para compensar el carbono que sus actividades en otros lugares del planeta emiten a la atmósfera. Estos bosques, gestionados cuidadosamente durante generaciones por los pueblos indígenas se incorporan al mercado, lo que a menudo desemboca en el desalojo forzoso de estas comunidades”. (Tramel, 2015)

Si bien, como resultado de la aplicación de estos programas, la producción de alimentos se incrementó en diferentes regiones del planeta, la especulación financiera elevó el precio de los mismos, volviéndolos incosteables para los sectores marginales a los cuales, se suponía iban a ayudar, dejándolos en el mismo estado de inseguridad alimentaria.

Entre 1970 y 1990 la comida disponible por persona a nivel mundial subió 11 por ciento, mientras que el número estimado de gente hambrienta bajó de 942 a 786 millones [16%]. Sin embargo en América del Sur, donde la oferta de alimentos per cápita subió casi 8 por ciento, la cantidad de gente con hambre subió 19 por ciento. En el Sur de Asia la comida per cápita subió 9 por ciento para 1990, aunque entonces había también 9 por ciento más personas con hambre. Si eliminamos a China de la ecuación – en donde el número de gente hambrienta bajó de 406 millones a 189 millones– el número de gente con hambre en el resto del mundo subió más de 11 por ciento –de 536 a 597 millones. (Holt-Gimenez & Patel, 2012)

Como recuperan los autores, un documento del Banco Mundial, señala que para la década de los 90 el crecimiento en la producción se estancó y el número de gente con

hambre se incrementó a 800 millones. Durante la crisis económica de 2008 este mismo organismo señalaba que la agricultura de pequeña escala no era una actividad económicamente viable, con lo cual la recomendación implícita era pasar el control de la producción de los alimentos a las grandes corporaciones quienes, estas si, subsidiadas por los gobiernos podían hacer frente a los requerimientos económicos y tecnológicos del modelo. (Banco Mundial, 2008)

Se debe considerar también que la puesta en marcha de estos proyectos a escala global han sumado nuevos indicadores a las afectaciones antropogénicas al medio ambiente: la contaminación del aire por la producción industrial de alimentos y su distribución; la contaminación de los suelos por la generación de la basura del empaquetamiento; la deforestación de los bosques para establecer plantaciones de especies determinadas; el envenenamiento de los suelos por el uso intensivo de plaguicidas y pesticidas, así como de fertilizantes químicos por citar algunos ejemplos; dan muestra de cómo en pos de alcanzar la modernización esos nuevos agroecosistemas se vuelven dependientes de los químicos que controlan su crecimiento y la proliferación de plagas, lo cual los vuelve tremendamente vulnerables, debido a su carencia de mecanismos autorreguladores. (Queiros, 2015)

La agricultura moderna implica la simplificación de la estructura ambiental de vastas áreas, reemplazando la biodiversidad natural por un pequeño número de plantas cultivadas y animales domésticos. [...] La tendencia al monocultivo crea ecosistemas simplificados y por lo tanto muy inestables que están sujetos especialmente a las enfermedades y a las plagas. El resultado neto de la simplificación de la biodiversidad para propósitos agrícolas es un ecosistema artificial que requiere de una constante intervención humana. (Queiros, 2015)

Las afectaciones al medio ambiente, sin embargo, no son las únicas que se manifiestan con efectos adversos ante este cambio de esquemas de producción; como ya hemos visto la expropiación de sus medios de producción que padecen los campesinos altera también las estructuras sociales en el medio urbano. Las migraciones del campo a la ciudad alteran la estructura económica del medio urbano con consecuencias para aquellos que no se sienten afectados por el cambio en lo rural.

En el plano de la salud se manifiesta también en un deterioro de la calidad de vida de los productores debido al contacto con los elementos químicos necesarios para los nuevos procesos. El consumo de alimentos producidos con este esquema, plantea para el consumidor la exposición a compuestos que pueden ser determinantes en el desarrollo de enfermedades, como es el caso del glifosato desarrollado por Monsanto, que de acuerdo a estudios científicos, es un detonante del cáncer a pesar de que la empresa financie y publicite estudios que contradicen esta postura. Además de ello debemos referir el desarrollo de una epidemia mundial de obesidad producida por el cambio de patrones de consumo, por la integración y propiedades de los alimentos que consumimos, y por las formas de preparación y de consumo (fast food) que hemos adoptado en las décadas recientes que privilegian el consumo de sal, azúcares, grasas y harinas. Estas modificaciones que hemos integrado en nuestras dietas han derivado

también en afectaciones a la salud: la integración masiva de la azúcar refinada en las fórmulas de los alimentos industrializados o el consumo generalizado de bebidas endulzadas, que ya referimos, se relacionan con la obesidad y la diabetes, pero son también síntoma de modificaciones en la estructura simbólica de lo que consideramos bueno para comer como señala Harris.

La conquista de lo simbólico

La comunidad de San isidro no fue inmune a estos procesos y seducidos por las ventajas que ofrecían los nuevos modelos de producción, entraron en la dinámica de los paquetes tecnológicos, adquiriendo financiamientos bancarios y renunciando al cultivo de su milpa para sustituirlo por monocultivos de soja o maíz. Si bien los resultados no en todos los casos fueron catastróficos, singuen sin dar los medios suficientes para la subsistencia de la comunidad; muchos, como Raúl han tenido que emigrar a los Estados Unidos para convertirse en jornaleros, obreros subcontratados o personal de limpieza indocumentado, abandonando o rentando sus tierras, dejando a sus familias y rompiendo el tejido social de sus comunidades.

Con la llegada de la empresa Bioparques de Occidente al municipio, muchos entraron a trabajar en los invernaderos donde las condiciones de trabajo son inseguras para su salud por el uso de agroquímicos, e incluso en 2013 se descubrió que la empresa mantenía un total de 275 personas en calidad de esclavos. (Martín, 2013)

La implantación de estos modelos de producción en el ámbito de los sistemas locales de producción de alimentos, como fue la introducción de los paquetes tecnológicos de la Revolución Verde, se acompañó de otros tipos de intervención en el terreno de lo simbólico, ya que aunado a las formas de concebir la producción de alimentos, también se integran nuevas formas de concebir la salud, la eficiencia en el sistema productivo, las formas de consumir los alimentos, la disponibilidad de los mismos, o lo que es bueno, o malo, o sano para comer (Harris, 1989).

Este proceso de transformación de las costumbres y hábitos alimentarios atraviesa diferentes niveles y escalas: si bien implica la adopción de los modelos de financiamiento bancario de los paquetes tecnológicos, que no solo transforman las dinámicas de interacción con la tierra, sino que hacen contraer deudas a los campesinos que los meten en dinámicas de tensión y estrés que anteriormente no padecían; también tienen otras implicaciones en las costumbres y dinámicas de cada grupo, la compra de tortillas echas en máquina en lugar de prepararlas en casa, por ejemplo, modifica los patrones de consumo y preparación de los alimentos en detrimento de la economía familiar; o bien, en la escala nacional, la desincorporación de la actividad de los pequeños productores del llamado sector productivo para pasarlos al sector de sobrevivencia, resta importancia a su actividad en el imaginario colectivo y restringe su acceso a posibles apoyos o estímulos económicos destinados solo para grandes productores que acrediten su rentabilidad económica.

Cada una de estas transformaciones conlleva una carga simbólica importante que facilita la adopción de nuevos procesos o formas de llevarlos a cabo. Aquello que se consideraba adecuado, bueno, refinado o sano para comer de repente deja de serlo ante el embate de un sofisticado esquema publicitario que incluye también la intervención de un discurso científico que lo sustenta y la aplicación, nuevamente, de políticas económicas y sociales; las formas tradicionales de producción son tachadas de obsoletas e ineficientes y se implantan en el imaginario nuevos esquemas simbólicos que permiten la aceptación de nuevas formas de hacer y consumir. En torno a estos procesos de producción y consumo que dan prioridad a la eficiencia y el ahorro de tiempo, se ha creado, por ejemplo, la idea de que es más cómodo, barato y accesible el consumo de productos procesados que la preparación de los mismos, sin embargo las formas en que se ha deshabilitado a las familias campesinas de su capacidad de cubrir por sí mismas sus necesidades, les ha llevado a transformarse en obreros o jornaleros asalariados cuyos ingresos difícilmente alcanza para cubrir el costo de las nuevas dietas. Un trabajador asalariado podría destinar más del 25 % de su salario diario para comprar un kilo de tortillas, si consideramos que en algunas regiones el precio alcanza los 19 pesos (Economía, 2016) y el salario mínimo es de 73 pesos. De igual manera se han transformado los procesos de socialización en torno al consumo de los alimentos, la interacción en torno a la mesa en el día a día, incluso en el tiempo ritual, se han visto modificados: los mismos campesinos que antes regresaban de la faena a comer en sus casas o recibían a sus familias en la milpa para compartir los alimentos, ahora como obreros o jornaleros ven minimizado su tiempo para alimentarse y en lugar de regresar a sus casas consumen lo que haya cerca de sus lugares de trabajo u optan por alimentos empaquetados y comida rápida. Las celebraciones y festividades que antes implicaban un despliegue de habilidades en la preparación de los alimentos, poco a poco han ido cediendo terreno a nuevos tipos de platillos que facilitan su preparación y que además ahora son vistas con mayor agrado que los platillos tradicionales, no es extraño ver en ellas menús compuestos por pastas y algún tipo de carne bañada en gravy de champiñones o nueces, en lugar de los tradicionales: arroz, pollo, mole, mixiotes, tamales, atoles, etc. En general, se ha modificado casi por completo el funcionamiento y constitución del sistema social, la migración hacia las urbes es un efecto claro de ello, como lo es la proletarianización de los campesinos, pero el cambio más significativo en el campo de la cultura alimentaria quizá está en el terreno de lo simbólico, donde la colonización de los gustos y filias alimenticias ha sido determinante.

Cada sociedad tiene sus propias formas de representación, tanto de lo que come como de las formas en que lo produce y consume; el significado de ello es determinante para la continuidad de su propia sobrevivencia material y simbólica como grupo. Los rituales para la cosecha de los grupos mepha'a y nahuas en la montaña de Guerrero, por ejemplo, representan parte de lo que los integra como sociedad e identifica con su comunidad; pero las formas de producción del sistema actual implican en gran medida la ruptura con estos esquemas y transforma su ser comunitario en uno individual. El intercambio ritual con la tierra, las formas de retribución a la misma y al trabajo colectivo (tequio), no tienen cabida en un mundo de representaciones donde el objetivo está colocado en búsqueda primordial de la satisfacción económica y la obtención de bienes materiales antes que calidad de vida, y poco tienen que ver con su visión original del mundo, su cosmovisión.

Todas estas modificaciones que han sido impulsadas por el sistema agroalimentario mundial en la actualidad, tienen como base la alteración de las formas de reproducción antropológicas (material y simbólica), (Bertaux, 1977) de las comunidades campesinas en el mundo, transformando la estabilidad del sistema en la escala local, afectando la salud y las formas tradicionales de supervivencia, desplazando los hábitos y conocimiento tradicionales a estados de resiliencia o resistencia. En esta escala de lo local, el sistema también se conforma de procesos de producción, distribución, preparación y consumo de los alimentos, que se corresponden con los de la escala global; y cuando los procesos que se desarrollan al interior de lo local se desestabilizan, se vuelve vulnerable ese sistema, que necesariamente adopta las transformaciones que supone el sistema global para subsistir.

Se incorporan tecnologías, economías, políticas, ideologías que son asimiladas y construyen nuevas representaciones sociales que desplazan el conocimiento tradicional, las formas de producción ancestrales ceden territorio simbólico ante la irrupción de formas modernas; sin embargo esa asimilación de las transformaciones, ha desarrollado otras problemáticas y vulnerabilidades para el sistema, que ponen a prueba su resiliencia.

El control de estos territorios simbólicos se convierte en un factor estratégico en el plano económico para los grandes consorcios agroalimentarios, como ya lo señalábamos: nada ha resultado más rentable ante las crisis económicas desde la época de la posguerra. La ruptura de las formas de reproducción antropológica que se venían desarrollando con pocas alteraciones desde siglos antes, se vieron modificadas y resignificadas violentamente durante la segunda mitad del siglo XX y lo que va del presente con efectos adversos para la gente del campo. Que al generar dependencia de los esquemas de producción a través de la adopción de tecnologías de las que no tienen el control, ni el conocimiento, los desligaron de sus medios de producción y deshabilitaron su capacidad de decisión sobre lo que se come y las formas en que se produce y distribuye. En ese sentido, lo simbólico se convierte en un factor determinante en la aceptación o incorporación de los procesos del sistema global en la escala de lo local y pone a muchas comunidades en la disyuntiva entre la resiliencia y la resistencia a esos nuevos esquemas de producción.

Una de las principales luchas en este terreno tiene que ver con la desincorporación o resignificación de conceptos en el lenguaje del sistema alimentario. Conceptos como el de seguridad alimentaria que desde la FAO se han impulsado con la bandera de garantizar el acceso a los alimentos:

Existe seguridad alimentaria cuando todas las personas tienen, en todo momento, acceso físico y económico a suficientes alimentos, inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos, a fin de llevar una vida activa y sana. (FAO,2006)

Han enfrentado la lucha de las agrupaciones sociales congregadas en la Vía Campesina por su resignificación o sustitución, impulsando, ante la necesidad de volver a otorgar capacidad de decisión y elección a los productores sobre las políticas agrarias, el concepto de soberanía alimentaria:

La soberanía alimentaria es el DERECHO de los pueblos, de sus Países o Uniones de Estados a definir su política agraria y alimentaria, sin dumping frente a países terceros. Incluye: 1) priorizar la producción agrícola local para alimentar a la población, el acceso de los/as campesinos/as y de los sin tierra a la tierra, al agua, a las semillas y al crédito. De ahí la necesidad de reformas agrarias, de la lucha contra los OGM (Organismos Genéticamente Modificados), para el libre acceso a las semillas, y de mantener el agua en su calidad de bien público que se reparta de una forma sostenible. 2) El derecho de los campesinos a producir alimentos y el derecho de los consumidores a poder decidir lo que quieren consumir y, cómo y quién se lo produce. 3) El derecho de los Países a protegerse de las importaciones agrícolas y alimentarias demasiado baratas. 4) Precios agrícolas ligados a los costes de producción: es posible siempre que los Países o las Uniones tengan el derecho de gravar con impuestos las importaciones demasiado baratas, que se comprometan a favor de una producción campesina sostenible y que controlen la producción en el mercado interior para evitar unos excedentes estructurales. 5) La participación de los pueblos en la definición de política agraria. 6) El reconocimiento de los derechos de las campesinas que desempeñan un papel esencial en la producción agrícola y en la alimentación. (Vía Campesina, 2003)

El enfrentamiento entre estas dos representaciones de lo que debería ser el derecho a la alimentación no pasa exclusivamente por una cuestión gramatical, las omisiones o elementos puntuales referidos están notoriamente intervenidos por una toma de posición respecto de intereses relacionados sobre todo con los subsistemas político y económico del sistema alimentario. Perfilan la construcción de representaciones en torno a intereses definidos en este caso por el control económico de los medios de producción y el condicionamiento de los procesos.

El crecimiento exponencial de las industrias de alimentos y su importancia en el sector económico durante las crisis capitalistas, en un nivel macro, puede tener mucho que ver con aquello que conforma las dietas alimentarias de un individuo en ese momento determinado, pero puede reconfigurar sus esquemas simbólicos de asimilación de aquello que consume. La imposición de patrones como el consumo de margarina sobre el de mantequilla, o el de pulque sobre el de cerveza, obedece a estructuras económicas y desarrollos científicos que, establecidos y sustentados en otros niveles, determinan en lo individual y social dietas alimenticias como dietas culturales, que a su vez dan cuenta de las luchas hegemónicas en la conformación de la cultura alimentaria. En este proceso se han inducido esquemas de representación sostenidos muchas veces en el desconocimiento o la falta de acceso a la información sobre aquello que se consume, tal es el caso de la falta de etiquetado o el etiquetado insuficiente en los empaques de muchos alimentos procesados; la generación de supuestas necesidades con el argumento de que son necesarias como el consumo de leche; o bien, el desestimar, minimizar o incluso satanizar la importancia de ciertos alimentos en la dieta de un

pueblo, como sucedió con el consumo de insectos o bebidas como el pulque en el México colonial, lo que enfermó y exterminó a no pocos indígenas por la falta de las proteínas en sus dietas. (Cuellar Meléndez, 2015)

En lo que respecta a lo que se come, actualmente sería difícil imaginar una sociedad a la que se le prive de aquellos elementos que sustentan principalmente su dieta, por ejemplo, imaginemos que tuviéramos que eliminar el maíz de la dieta de los mexicanos, si este proceso se diera en un breve periodo de tiempo, las implicaciones sociales podrían ser devastadoras para esta sociedad, seguramente más por el descontrol que por la deficiencia nutricional. Los nutrientes podrían ser sustituidos por otros que se encuentran en otros alimentos, sin embargo el elemento simbólico y cultural que sustenta el consumo del maíz derivaría en una necesidad no necesariamente biológica que no podría ser sustituida. Paradójicamente este mismo tipo de construcción simbólica se reproduce en la actualidad a través de la incursión de productos y dietas alimenticias y culturales como las hamburguesas, la pizza, el refresco o el agua embotellada, sin que por ello haya un descontrol o desconcierto social.

La construcción simbólica de aquello que comemos tiene mucho que ver en la actualidad con un concepto reciente que hace referencia a la forma en que se administra la información que recibimos y que conforma la percepción de lo que consideramos realidad.

El concepto de agnógenesis, paradójicamente, hace alusión a la construcción del conocimiento a partir del desconocimiento, o de la desestructuración de las formas de conformarlo.

El término desarrollado por Robert N. Proctor y Londa Schiebinger explicó las formas de producción cultural de la ignorancia enraizada en intereses económicos, en su caso, en cómo se ocultó la información sobre los efectos nocivos del tabaco a la salud humana (Proctor & Schiebinger, 2008). Este fenómeno, sin embargo, no es nuevo, el primer científico que actuando de manera deliberada, trató de ocultar la evidencia existente sobre los efectos que el tetraetilo de plomo en la gasolina causaba al ser humano, fue el tristemente célebre Robert Kehoe, asesor médico principal de Ethyl Corporation, a quien las empresas petroquímicas habían financiado su Laboratorio en la Universidad de Cincinnati. El mismo que fue desmentido por otro científico: Clair Patterson quien luchó durante más de 30 años para que se impidiera la venta de gasolina con plomo por sus efectos negativos.

Aquello que sabemos de los componente que integran los alimentos también está mediado por los intereses de las grandes corporaciones, quienes pagan enormes cantidades en publicidad para posicionar sus productos independientemente de su contenido nutricional, como la campaña de desprestigio contra el pulque que posicionó el consumo de cerveza. De igual manera la medicina especializada, los productos dietéticos, el culto a la belleza y el mantenimiento del físico, han contribuido a la implantación de modelos que se identifican con lo deseable o lo correcto. La misma

crisis mundial de alimentos en los setenta, generó la impresión de que se trataba de una carencia de alimentos, produjo un mayor control de las economías exportadoras y encareció el precio de los productos sin poderse comprobar dicha escasez, pero dejando una estela de más de 100 mil muertes en los países del África del Sahel.

Estos mismos argumentos son utilizados en la actualidad para impulsar el uso de los transgénicos como la única solución al desabasto y la escasez de alimentos; interviniendo y promoviendo la comunicación de la ciencia de desarrollos científicos y laboratorios que los grandes corporativos financian con dicho fin (Proctor & Schiebinger, 2008), no es extraño encontrar en las universidades y centros de investigación férreos defensores de los intereses de las industrias alimentarias y los agronegocios, que minimizan sus posibles efectos sobre el organismo y los ecosistemas y pugnan a favor de su utilización. Ello aún incluso, sin tomar en cuenta la aplicación el principio precautorio en este desarrollo tecnológico, apelando al fantasma de la inseguridad alimentaria, no obstante que el acceso de los seres humanos a los alimentos, no es un problema que tenga que ver con la cantidad que se produce de los mismos en el mundo: se estima que cerca de 800 millones de personas padecen hambre en el planeta, esto es, un poco más del 10 % de la población mundial, sin embargo, en este momento histórico, la humanidad produce alimentos para cerca de 12 mil millones de personas, lo que significa que tendríamos un excedente de alimentos para cerca de 4 mil millones de personas, pero las formas de distribución de los mismos, la especulación económica en torno a la financiarización de los alimentos, así como otros fines que se han creado para ellos, como la generación de biocombustibles, genera una paradoja de desnutrición en una buena parte de la población (Patel, 2008).

Una cuestión de control hegemónico

El problema de la alimentación, abordado desde la perspectiva de los frentes culturales (González, 2001) como herramienta de análisis, permite contemplar estas modificaciones como una confrontación hegemónica, que a lo largo de la historia ha conformado y condicionado las formas de reproducción antropológicas (Bertaux, 2005). En ese universo se integra todo un sistema de significación que ha moldeado patrones, conductas y formas de producción que se han ido sucediendo unos a otros y que en la actualidad podrían confrontar al ser humano con un colapso del mismo sistema si se considera la imposibilidad a largo plazo de mantener las formas materiales de producción y los costos para el sistema de salud que tienen origen en el cambio de las dietas. Estas dietas han sido modeladas no solamente como patrones de ingesta de alimentos, sino como todo un aparato mediático y significativo, lleno de representaciones culturales y simbólicas.

El acto mismo de comer ha sugerido durante toda la evolución de los seres humanos, algo más que el simple hecho de proporcionar la energía necesaria para desarrollar sus actividades, ha significado la integración de grupos para procurarse el alimento, la posibilidad de desarrollar formas de convivencia, la posibilidad de creación a través del acto de cocinar, el establecimiento de una ritualidad en torno a las formas de

preparación y consumo, desde la hoguera primitiva hasta las mesas de los mejores restaurantes donde se pide no vestir casual (Polland, 2014).

La definición de cada cultura respecto a lo que se considera como un buen hábito alimenticio, los buenos modales en la mesa, la manera de distribuir los alimentos, o las mejores formas de producción recomendadas por la ciencia, la política o las tradiciones; se encuentra en una discusión permanente, enfrentada por regiones, desarrollos científicos o pseudocientíficos, intereses económicos, el rescate de tradiciones, o las creencias de grupos o individuos particulares. Estos elementos definen a quienes los defienden y a la vez conforman su forma de interpretar y definir el mundo. Esta confrontación es visible en todas las escalas de representación, desde las políticas internacionales adoptadas a nivel local por diferentes gobiernos, como las políticas del BM sobre la Revolución Verde, hasta el interior de un núcleo familiar donde se debate si comer en casa o salir a la calle, si comer tacos (el platillo nacional) o hamburguesas, si comer ensalada o comer carne. En cada una de esas escalas se lucha por la definición de cómo se produce, distribuye, prepara y consume lo que se come, que tiene que ver con el establecimiento temporal de representaciones sociales, que se irán modelando, remodelando o sustituyendo constantemente, dejando lugar a otras que irán enfrentando las mismas transformaciones según se adapten o no a los sistemas hegemónicos de su tiempo.

Atravesamos un periodo donde la conformación de esas representaciones tiene que ver directamente, con los intereses de un sistema económico, que a lo largo de unas cuantas décadas ha conseguido una conquista cultural significativa en todos los órdenes del sistema de la cultura alimentaria. Las formas de producción industrializadas y los agronegocios, han impuesto métodos y condicionamientos a los productores tradicionales, modificando sus formas de interacción con la tierra, limitando, transformando o diluyendo su conocimiento ancestral. La ritualidad que impregnaba el acto y la celebración de consumir los alimentos ha mudado de la intimidad de los hogares a los espacios públicos; y el conocimiento acerca del cómo se preparan o de dónde vienen los alimentos parece estar más difuso y se concentra en saber elegir dentro de un marco cerrado de dietas sugeridas y posibilidades definidas, reafirmadas todas ellas, por un apabullante aparato publicitario que juega un papel primordial en el establecimiento y perpetuación de esas representaciones. El conocimiento acerca de aquello que constituye la base de nuestra reproducción biológica, ha sido apropiado, expropiado y en todos los casos, sujeto a múltiples reestructuraciones y resignificaciones.

La construcción de resistencias

Sujetos a estos embates y resignificaciones acerca de lo que debería ser la agricultura en la época de la industrialización y la globalización, Leobardo y Raúl no han estado exentos de ver modificadas sus concepciones de lo que es su territorio y sus formas de interacción con él.

El mismo Raúl que hoy se presenta como un férreo defensor de su comunidad, sus derechos y su conocimiento sobre la agricultura orgánica, emigró en algún momento a Estados Unidos con la idea de encontrar mejores oportunidades de desarrollo, pero al no encontrar algo suficientemente significativo que lo hiciera cambiar su manera de entender el mundo, emprendió el retorno para encontrar en su tierra satisfactores que respondían a la concepción que de ella se había creado. Junto a su hermano apostaron por el proyecto de la agricultura orgánica para poder dejar atrás las deudas que generaba la adquisición a crédito de los paquetes tecnológicos y lograr la autosuficiencia y sustentabilidad en sus milpas.

Como ellos, en el mundo son numerosos los ejemplos de luchas y resistencia a la implantación de estos nuevos modelos de producción; estas luchas se han caracterizado por la defensa de las formas tradicionales de desarrollar la agricultura, por la conservación de ecosistemas y de especies nativas, por detener el despojo de los territorios y los medios de subsistencia, pero también por la defensa de la cultura que organiza y da sentido, a través de representaciones simbólicas, las formas de producción y consumo de lo que se produce para el consumo humano.

Las maneras en cómo se interactúa con la naturaleza están dadas por concepciones y representaciones que tienen origen en la cosmovisión de cada comunidad, de cada pueblo, de cada nación, de tal manera que la intervención o irrupción de nuevos esquemas obliga a una sustitución de aquellas concepciones entendidas como normalidad, enfrentando concepciones e intereses que pugnan por establecer su hegemonía. Con las grandes empresas que dominan la producción y distribución de los alimentos, coexisten otras industrias colectivas o individuales que conforman una propuesta paralela y alternativa al agronegocio: pequeños productores locales como Raúl y Leobardo, cooperativas bien establecidas que se han convertido en empresas sustentables exitosas, locales donde se impulsa el comercio justo, bancos de semillas que son administrados de manera comunitaria, huertos urbanos, e incluso escuela de desarrollo sustentable. Sus historias corren simultáneamente a la de los grandes corporativos, reciben influencia de los agronegocios pero influyen con sus alternativas los modelos de éstos. Constantemente se enfrentan desde marcos epistémicos y esquemas de representación simbólicos diversos.

Es indispensable en ese sentido entender la relación entre los procesos simbólicos en la escala local con el desarrollo de los esquemas de representación en las escalas regional, nacional o global, y dimensionar la pertinencia de su estudio en la conformación de lo que podríamos denominar un sistema simbólico alimentario. Tratar de entender la manera en la cual la sociedad produce, distribuye y consume energía social a escala humana, abarca todo proceso de producción, distribución o consumo, material o inmaterial que posibilite, no sólo la reproducción biológica y simbólica de los seres humanos sino también la reproducción de los mecanismos que lo ubican en un orden social. (Bertaux, 2005)

Las transformaciones que en la escala local han conformado la creación de alternativas y resistencias en las formas de reproducción antropológica no pueden

entenderse, si no es en el contexto de la escala global. El contexto social, cultural, histórico es precisamente lo que conforma y se conforma de las estructuras simbólicas aprehendidas por cada individuo. Ese contexto no sólo lo define y sitúa espacial y temporalmente, sino que determina sus formas de interacción, estableciendo órdenes y temporalidades de un conocimiento adquirido a partir de su relación con otras historias y temporalidades simbólicas.

Esta interacción entre las diferentes escalas y niveles de observación de este sistema, define a los elementos que lo conforman (García, 2006) pero también arroja luz sobre la forma en que se han inducido cambios y alteraciones. Como hemos advertido, la inducción de dichos cambios tiene mucho que ver con la forma en que representamos los procesos y es a través de conceptos y convenciones que se consolida la aceptación de éstos.

Garantizar la autosuficiencia en la escala local ha pasado de ser un derecho, a ser una forma de resistencia porque los conceptos que le daban sustento simbólico han sido tergiversados o expropiados por discursos hegemónicos centrados en el control del sistema alimentario con fines económicos. Y hablamos de hegemonía en el sentido que señala Gramsci, quien marca claramente una diferencia de lo que se considera dominación, y que apunta más hacia una concepción de ésta en el sentido de dirección o guía del pensamiento colectivo.

Hegemonía es el nombre que damos al momentum de relaciones de fuerza objetivas entre diferentes agentes sociales colectivos (clases, grupos, regiones, naciones y conglomerados de acción mundial) situados en un determinado espacio social cuando lo observamos desde un punto de vista simbólico.

La hegemonía no depende solamente del trabajo de anticipación y elaboración, sino también en la posibilidad de articular nuevos significados y fuerzas centrífugas en estrategias históricas de interpretación social. A diferencia de las relaciones sociales de explotación y dominación la hegemonía debe ser construida y destruida principalmente a través de la comunicación simbólica. (González, Frentes Culturales. Para una comprensión dialógica de las culturas contemporáneas, 2001).

De esta manera la construcción permanente de la hegemonía no se limita al control del poder político o económico, la hegemonía es una construcción permanente de alternativas a un orden establecido, y los cambios que se insertan en el terreno de lo simbólico incluso en la escala local representan una oportunidad de modificar la conformación de ese sistema. En el caso de la alimentación, el control de las formas de producción y reproducción de los insumos necesarios para cada cultura, genera no solamente dependencias económicas o materiales, sino que a través de ello se construye una visión modificada, adversa o benéfica para algún grupo concreto. Esta visión se

establece de manera paulatina con la introducción de elementos que rompen los paradigmas asimilados como “normales” para dar paso a otros nuevos que a la larga se incorporarán a esa normalidad.

[...] los alimentos no son sólo fuente de nutrición para la mayoría, sino también de riqueza y poder para una minoría (Harris, 1989).

Conceptos como el de autonomía alimentaria han sido recuperados y resignificados en los últimos años por las organizaciones no gubernamentales y movimientos campesinos, asociándolo con las formas de autogestión y control, o dirección de los individuos sobre sus formas de producir los alimentos desde la escala local. En otras palabras, se refiere a la “capacidad de los productores de decidir los sistemas de producción (comercial o de autoconsumo), el tipo de insumos (químicos u orgánicos) y el tipo de semillas utilizadas (nativas, híbridas comerciales o transgénicas), (Gómez, 2010) y no como dice la FAO:

La autonomía alimentaria, tiene en cuenta las posibilidades del comercio internacional y consiste en mantener un cierto nivel de producción interna de alimentos y generar, además, la capacidad para importar de los mercados mundiales cuanto hace falta (FAO, 2000).

El discurso de la FAO sobre estos conceptos fundamentales para el desarrollo de las actividades agroalimentarias confiere la dirección de todos los planes a los gobiernos de los países, quienes pueden interpretar la Ley de acorde a sus intereses. Ante ello han surgido múltiples llamados para redefinir estos conceptos, como el de las organizaciones campesinas agrupadas en La Vía Campesina, que definen la soberanía alimentaria como el “DERECHO de los pueblos, de sus Países o Uniones de Estados a definir su política agraria y alimentaria, sin dumping frente a países terceros. Esta visión que de entrada establece la posibilidad de cada pueblo de decidir sobre las estrategias y medios de producción más convenientes para su desarrollo, de acuerdo a sus posibilidades, pone énfasis especial en la posibilidad de decisión sobre la conservación de las formas tradicionales, la preservación del conocimiento y los procesos que cada cultura ha desarrollado para la producción de sus alimentos”. Lo cual deja de manifiesto un enfrentamiento entre dos visiones de desarrollo, que confrontan también intereses colectivos y particulares en la conformación de métodos de producción y de estructuras simbólicas.

La apuesta entonces tiene que ser por redimensionar esas inserciones en el sistema simbólico que emergen como alternativas o resistencias desde la escala local, en la consolidación de nuevas hegemonías que pudieran estar más vinculadas con formas de interacción menos destructivas, de seres humanos con seres humanos y de estos con la naturaleza.

Reinterpretar y recuperar conceptos como el de soberanía alimentaria o sostenibilidad que han sido expropiados por el discurso del sistema simbólico

alimentario hegemónico, resulta fundamental en la conformación de dichas resistencias. Y así como se adoptaron estas nuevas formas de producción que no estando plenamente probadas fueron inducidas como panaceas para solventar contradicciones del mismo sistema hegemónico, también se pueden impulsar desde la escala local con la organización y participación colectiva, nuevas metamorfosis que rescaten los conceptos de soberanía, autosuficiencia, autonomía, en beneficio de los pequeños productores en primer término y de todos los consumidores en un segundo momento.

Para Leobardo y Raúl, y para millones de campesinos en el mundo, la apuesta por resarcir los estragos del sistema capitalista en el sistema alimentario actual, es una apuesta por la supervivencia y el mantenimiento de sus costumbres, formas de organización, estructuras sociales, derechos, y la defensa de su territorio material y simbólico. A decir de ellos, la posibilidad de independizarse del sistema de los paquetes tecnológicos, de decidir qué es lo que comen y como se produce lo que comen es una experiencia de liberación. Ellos apenas son dos campesinos en una pequeña comunidad, dos campesinos que están luchando por cambiar su entorno y cambiar la manera de pensar de sus demás compañeros, a través de curso de agroecología, de diseminar el conocimiento que ellos han adquirido para mejorar sus cosechas de manera autónoma; pero en ese sentido son en su comunidad, una semilla que defiende con éxito sus formas de reproducción antroponómica, aún en una ecología simbólica adversa, y que construye, para su comunidad, formas alternativas de interacción con los sistemas económico y político que enfrentan.

Bibliografía

- Banco Mundial. (2008). Informe sobre el desarrollo mundial 2008. Agricultura para el desarrollo. Banco Mundial, Mundi-Prensa, Mayol Ediciones.
- Bertaux, D. (2005). Los relatos de vida. Barcelona : Bellaterra.
- Cuellar Meléndez, M. H. (agosto de 2015). (V. M. Méndez Villanueva , Entrevistador)
- Economía, S. d. (agosto de 2016). SNIIM Sistema Nacional de Información e Integración de los Mercados. Recuperado el agosto de 2016, de <http://www.economia-sniim.gob.mx/TortillaMesPorDia.asp>
- FAO. (1996). Cumbre mundial sobre la alimentación. 13 - 17 de noviembre de 1996. Roma, Italia.
- FAO. (noviembre de 1996). Depósito de documentos de la FAO. Recuperado el 24 de 05 de 2015, de <http://www.fao.org/docrep/003/w2612s/w2612s06.htm#4>
- FAO. (2000). Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. Obtenido de Las negociaciones comerciales multilaterales sobre la agricultura:
<http://www.fao.org/docrep/003/x7353s/X7353s00.htm#TopOfPage>

- FAO. (2013). Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. Obtenido de Ley marco “derecho a la alimentación, seguridad y soberanía alimentaria” :
http://www.fao.org/fileadmin/templates/righttofood/documents/project_m/doc/Ley_Marco_DA_Parlartino.pdf
- García, R. (2006). Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria. Barcelona: Gedisa.
- Gómez, E. (28 de 08 de 2010). Ecoportal. Obtenido de Del derecho a la alimentación a la autonomía alimentaria:
http://www.ecoportal.net/Temas_Especiales/Derechos-Humanos/del_derecho_a_la_alimentacion_a_la_autonomia_alimentaria
- González, J. (2001). Frentes Culturales. Para una comprensión dialógica de las culturas contemporáneas. Culturas Contemporáneas, 9-45.
- Harris, M. (1989). Bueno para comer. Enigmas de alimentación y Cultura. Madrid: Alianza.
- Holt-Gimenez, E., & Patel, R. (2012). Rebeliones Alimentarias. La crisis y el hambre por la justicia. Miguel Ángel Porrúa.
- Martín, R. (14 de junio de 2013). El economista . Recuperado el junio de 2016, de Esclavos del Siglo XXI:
<http://eleconomista.com.mx/antipolitica/2013/06/14/esclavos-siglo-xxi>
- Méndez Villanueva, V. M. (Dirección). (2012). Colapsos [Película]. CEIICH-UNAM .
- Patel, R. (2008). Obesos y famélicos. El impacto de la globalización en el sistema alimentario mundial. Los libros del lince.
- Polland, M. (2014). Cocinar, Una historia natural de la transformación. Penguin Random House.
- Proctor, R. N., & Schiebinger, L. (2008). Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance. California: Stanford Univ Press.
- Queiros, F. (24 de 05 de 2015). Comunidad del Sur. Recuperado el 05 de 2015, de http://www.ecocomunidad.org.uy/coeduca/artic/impactos_verde1.htm
- Rubio, B. (2014). El dominio del Hambre. Crisis, hegemonía y alimentos . México: Juan Pablos .
- Soechtig, S. (Dirección). (2014). Fed Up [Película].
- Tramel, S. (11 de 02 de 2015). La Vía Campesina. Obtenido de Aumenta la presión: La Vía Campesina y sus aliados desafían el capitalismo climático:

<http://viacampesina.org/es/index.php/acciones-y-eventos-mainmenu-26/cambios-climcos-y-agro-combustibles-mainmenu-79/2331-aumenta-la-presion-la-via-campesina-y-sus-aliados-desafian-el-capitalismo-climatico>

Notas

Filiación institucional

Autor: Víctor Manuel Méndez Villanueva

Institución: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. UNAM

e-mail: victormm@unam.mx

Nota biográfica:

Documentalista y realizador. Licenciado en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Estudiante del Doctorado en Ciencias y Humanidades para el Desarrollo Interdisciplinario, por la Universidad Autónoma de Coahuila. Director de más de 30 documentales entre los que se encuentran: Colapsos. Retos y alternativas a la crisis económica, social y política; Madame Cosmic Rays; A cielo abierto. Minería y depredación en México; Santo Domingo, regreso a Xuman'Li. Jefe del departamento de Producción Audiovisual y Multimedia del CEIICH-UNAM.